

munidades cristianas rechazaban toda propiedad individual. Hé ahí por qué todos los creyentes no formaban más que un alma. Si los clérigos quieren seguir las huellas de los primeros fieles, que se apresuren á renunciar al vicio abominable de la propiedad (1).

Las palabras de San Jerónimo son terribles; la propiedad es un vicio, y un vicio abominable. El primer deber de aquel que aspira á la perfeccion cristiana es renunciar á aquel vicio. Y no es San Benito el que lo dice, es Jesucristo, el Hijo de Dios. Y ¿se dirige á los clérigos cuando dice que aquel que quiera ser perfecto lo venda todo y se lo dé á los pobres? Allí no había clérigos ni monjes. Jesucristo y sus apóstoles no se habían separado del templo, no formaban Iglesia aparte; no había más sacerdotes que los del judaísmo; y como no se diga que las palabras del Cristo se referían á los rabinos, hay que convenir en que eran generales y que deben aplicarse á todos los fieles. Si San Jerónimo habla sólo de clérigos, es porque en su tiempo se había ya introducido la distincion entre clérigos y legos, tan contraria al espíritu de la nueva ley. ¿Hay dos perfecciones, dos verdades, una para los clérigos y otra para los laicos? Preciso es decir con el Evangelio, interpretado por San Jerónimo, que la propiedad es un vicio abominable para todo cristiano; que su deber consiste en rechazarla, si quiere conservar la herencia de Dios, y que la abdicacion de la propiedad individual es el único medio de realizar la unidad y la caridad. Luego, en la doctrina cristiana, debe desaparecer la propiedad para dar lugar á la comunidad de bienes (a).

La comunidad destruye la idea de propiedad individual, y, por consiguiente, el principio mismo del individualismo, que constituye la esencia del hombre (b). Esto basta para condenarla. Porque el fin del Estado y de las instituciones civiles es desarrollar las fuerzas individuales y no matarlas. Sin embargo, la comunidad deja subsistir la idea de

(1) Véase la parte séptima de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

(a) Pues no ha desaparecido.—(N. del T.)

(b) Tampoco es verdad. La esencia del hombre no la constituye el ser individuo, sino el ser individuo sociable y moral, es decir, libre y racional. De individuos se compone todo el universo. Pero el hombre no es tal sin el hombre. Y el mismo Laurent lo ha dicho en otro lugar y en estos términos: «La soberanía del individuo conduce fatalmente al egoísmo individual y á su predominio sobre el interes social.»—(N. del T.)

apropiacion, sólo que, en lugar de ser individual, la propiedad es colectiva: es el convento ó el Estado el que posee. Los comunistas se han detenido ante esa idea que satisface sus tendencias más ó ménos materiales; pero no sucede así á los cristianos, que, separados profundamente de los socialistas por el espiritualismo, si detestan la propiedad, es porque encuentran en ella un principio de division y de odio. Es porque alimenta el egoísmo en los ricos al mismo tiempo que la sed de goces, esperando que la comunidad restablecería la unidad y la armonía. Pero comprendieron que el vicio que querían destruir era indestructible, porque si los frailes no tenían ya para adquirir el móvil individual, les quedaba el interes del convento, el cual bastó para alimentar los vicios que el monaquismo había querido extirpar. Los religiosos se hicieron tan avarientos como los seglares. Para cortar el mal en su raíz era necesario anular la idea de apropiacion, rechazando toda propiedad, áun la colectiva; y tal fué el ideal de las órdenes mendicantes, que tan gran papel representaron en la Iglesia. En otro lugar hemos expuesto ya sus enseños, los cuales llegaron á un grado de locura á que no han llegado los socialistas. Pero al ménos era una locura espiritual. Aquí nos limitaremos á insistir en la estrecha relacion que existe entre esas extravagancias y la pretendida perfeccion evangélica.

Las órdenes mendicantes tenían razon en decir que Jesucristo no predicó la comunidad, sino la renuncia á toda propiedad, diciendo á los ricos que aspiraban á la perfeccion que lo vendieran todo y se lo dieran á los pobres. Jesus es el doctor de la pobreza, y es, por tanto, ésta la que debe ser el ideal de sus discípulos: el hombre no debe poseer nada; sólo á esa condicion matará el egoísmo, origen de todo mal. Pero ¿cómo vivirá el hombre, si no le es lícito poseer nada? La realidad venía á dar un mentís á los sueños de perfeccion y á las órdenes mendicantes: ¿no tenían la propiedad de aquello que consumían? «No, contestaban; es al papa á quien pertenece todo lo que se nos da; nosotros no tenemos más que el simple uso.» Los hermanos mendicantes llegaban, sin sospecharlo, al socialismo más absoluto. Y, en efecto, la fuerza de las cosas les hacía admitir por lo ménos un solo propietario que poseyese para ellos; ese propietario era la Iglesia romana. Si el ideal de las órdenes mendicantes hubiese podido realizarse y llegado á

ser general, el papa hubiese sido propietario universal de todos los bienes y el que hubiera hecho la distribucion. ¿Fué ese derecho de propiedad suprema el que tentó al papado, ó llegó á creer en el ideal de San Francisco? Lo cierto es que hubo un papa que consagró con su infalible autoridad la doctrina de los hermanos menores. Nicolas proclamó que la regla de San Francisco no era más que la observancia del Evangelio, y que Jesucristo había enseñado la renuncia á toda propiedad de palabra y con su ejemplo. ¿Á quién pertenecerán las cosas muebles é inmuebles donadas á los hermanos? «La intencion de los donantes, responde Nicolas, es dar á Dios; y ¿quién mejor en este mundo puede representarle sino es el papa, vicario de Jesucristo?»

Se acusa á los filósofos del siglo XVIII por sus ataques á la propiedad, y se acusa también á la Revolucion de haber atentado á ese derecho, que es la base del orden social. ¿Y de quién es la responsabilidad de esos errores? No son los frailes mendicantes los verdaderos culpables, ni los papas que aprobaron sus locuras; mucho ántes de San Francisco había condenado la propiedad como el más abominable de los vicios San Benito, y ántes que él, los Padres de la Iglesia. ¿Y quién les inspiró el horror á la propiedad individual? ¿Quién despertó en San Francisco la descabellada idea de que la pobreza y la mendicidad son el ideal de la vida? Aquel á quien los hombres del pasado adoraban aún como el Hijo de Dios. Pero comprenden tan poco la enseñanza de su divino Maestro, que acusan de calumnia á los socialistas cuando éstos dicen que Jesucristo ha repudiado y condenado la propiedad individual. Esos hombres del pasado le ignoran hasta tal punto, que ni siquiera saben que el ideal de los primeros cristianos, el ideal de los Padres de la Iglesia, el ideal de los santos del desierto, el ideal de todos los que han querido practicar la perfeccion evangélica es la renuncia á toda propiedad (a).

(a) Ciertamente es que, comenzando por el apóstol Pedro y acabando por los *Hermanos moravos*, ha habido dentro del cristianismo una marcada y constante tendencia á la comunidad de bienes y á la igualdad de condiciones; pero nadie puede asegurar que ese fuera el ideal de Jesucristo, porque ni en precepto ni en consejo se encuentra en los Evangelios la palabra ó la fórmula. Esta la ha pronunciado despues la filosofía ó la ciencia social. ¿Es favorable á ella la doctrina del Cristo? Tal vez. Pero la doctrina del Cristo no consiste en semejante fórmula. Y la prueba es que la comunidad de bienes se abandonó á muy luego por el mismo apostolado.—(N. del T.)

La ceguedad de los defensores del cristianismo es tal, que despues de haber imputado á la filosofía y á la Revolucion como crímenes los errores cuyo primer germen se encuentra en la predicacion de Cristo, se atreven aún á reclamar para el cristianismo los principios del 89 en todo lo que entrañan de verdad. Dígasenos, en presencia de los hechos que acabamos de presentar en su verdadera luz, qué derechos naturales pueden quedar al hombre cuando se le despoja de su individualidad y cuando al mismo tiempo se le separa de la sociedad para hacer de él un ciudadano del cielo. ¿Hay sitio en esa falsa doctrina para la libertad civil y política? ¿Le hay para la verdadera igualdad? Dejemos á un lado la libertad, porque es demasiado evidente que es extraña á las ideas del Cristo y de sus discípulos (a). La igualdad es cristiana en cierto sentido, pero es el malo; es la igualdad que destruye la individualidad humana y que, por lo mismo, llega fatalmente á los excesos del comunismo. ¿Quién puede dudar que la doctrina cristiana tiene una gran parte en esos excesos? (b). Cuando durante siglos se predica á los hombres, como palabra divina, que el renunciar á la propiedad es la primera condicion de la perfeccion cristiana, cuando durante siglos el monaquismo, reverenciado como la expresion del ideal evangélico, enseña que la apropiacion individual y áun colectiva es un abominable vicio, ¿cómo se quiere que esos errores no acaben por ser tomados en serio?

No queremos dejar la doctrina cristiana sin añadir una palabra para completar nuestro pensamiento. Hemos rechazado con vehemencia el error histórico que cometen en favor del cristianismo escritores de todos colores. Pero ¿es eso decir que condenemos la buena nueva como la fuente de nuestros extravíos y de nuestros males? Nuestro estudio sobre el cristianismo es lo que responde á esa acusacion. No pidamos al Cristo lo que no ha querido hacer. No ha venido para enseñar á los pueblos los principios del 89; ha venido para alumbrar las conciencias y para purificarlas; lo que ha querido reformar es el hombre interior, que es por

(a) Error crasísimo, como ya hemos notado. Verdaderamente libre es cabalmente aquel que lo es por el espíritu. Ese es el que no dobla su cuello más que ante Dios y la razon. Y ese es el verdadero discípulo del Cristo.—(N. del T.)

(b) Ya he notado que Laurent no es voto en materias de igualdad, y que no acierta á concertar el individualismo con la sociabilidad.—(N. del T.)

donde debe comenzar toda reforma seria. Jesucristo predicó en una de esas tristes épocas de decadencia moral que no dejan al hombre más que el egoísmo y el anhelo de sus brutales goces, y su doctrina atacó el vicio que corroía á la humanidad y que amagaba destruirla. Pero para extirparle, destruyó la individualidad. Ahí está el exceso. Hay dos principios que parecen excluirse el uno al otro: la personalidad y la caridad, la humildad y el orgullo. Cuando se desenvuelve uno á expensas del otro, se llega á lo imposible, se llega al absurdo. Es preciso conciliar esos dos principios. Lo que impidió á Jesucristo concebir ese pensamiento es su espiritualismo excesivo. En el día se ha disipado el error, y ya nos inclinamos hácia el error opuesto. Tiempo es de trabajar en la conciliación: nosotros no conocemos más que un medio para esto, el de separar en el cristianismo lo que es pasajero y erróneo de lo que es verdadero y eterno, en cuanto el hombre puede hablar de verdad y de eternidad. Si hay alguna tendencia que comprometa ese trabajo es aquella que altera el cristianismo, suponiéndole sentimientos ó ideas que no podía tener. Ese cristianismo ficticio no enardecerá jamás las almas, y además separará de la religión cristiana á todos los que aman la verdad y la libertad. ¿Para qué se esfuerzan los hombres del pasado en atribuir al cristianismo ideas que le son extrañas? Á fin de someter la humanidad al yugo de la Iglesia. Medio seguro de alejarla de la religión de Cristo, porque es un fraude á la vez que un instrumento de tiranía intelectual. Hé ahí por qué tomamos empeño en restablecer la verdad. Lo hemos hecho en cuanto á la doctrina; vamos á hacerlo en el terreno de la historia. Nuestra crítica es, en el fondo, más simpática al cristianismo, y creemos que es más provechosa que las apologías de sus imprudentes defensores (a).

(a) Este es el error capital de Laurent en mi concepto y el que me ha movido á escribir estas ligeras observaciones en forma de notas. Laurent, verdadero enciclopedista, combate el cristianismo por sistema y con pasión. Ve, por tanto, la doctrina y la gran figura del Cristo á la falsa luz del materialismo de la escuela, y no comprende, no puede comprender, ni la importancia del espiritualismo cristiano ni los prodigios del entusiasmo que inspira. ¡Pobre humanidad, si su libertad, si sus progresos, si sus futuros destinos no tuvieran por base más que la moral utilitaria, artificial y artificiosa de los Hume y los d'Holbach! «No hay progreso, ni sociedad, ni institución, ni legislación posibles, ha dicho Edgar Quinet, y ha dicho muy bien, sin la base y el apoyo de las ideas religiosas.» La materia sin el espíritu, que da vida hominal, nos reduciría á la condición del bruto. Vea, pues, si el espiritualismo del Cristo ha entrañado más libertades y más progresos que puede producir el materialismo de los enciclopedistas.—(N. del T.)

SECCION 2.^a

LOS HECHOS.

§ I.—El cristianismo y el imperio romano.

I.

Estamos en presencia del cristianismo católico; sus defensores le consideran hermanado con la libertad, y, en efecto, tiene siempre en la boca la palabra libertad; pero es necesario ver qué quiere decir libertad. Los Romanos, bajo cuyo imperio se formó y propagó el catolicismo, confundían la libertad con la soberanía, es decir, con la dominación. Despues de luchas seculares, el partido democrático se encontró vencedor; sin duda va á organizar el régimen de la libertad. Cierto que sí, pero á su modo. La democracia es soberana y pretende reinar; pero es delegando su soberanía en un César. Hé aquí la libertad antigua; no pide más que una cosa, el poder; el pueblo domina bajo los emperadores, y desde aquel momento se cree libre (a). Verdad es que allí no hay derecho alguno que ejercitar: la vida, los bienes, la religión de los ciudadanos están á merced del emperador; sin embargo, están satisfechos, y, como lo ha observado un sucesor de los Césares, Napoleon, los Romanos no se rebelaron jamás contra los Tiberios y los Neros. Si había ciudadanos condenados á muerte por el emperador, eran aristócratas. El pueblo y las provincias gozaban de la libertad tal como la habían deseado siempre: tenían los goces del poder, pan y juegos, y no pedían más.

¿No sería esa la libertad, tal como el catolicismo la entiende? Los hechos responderán por nosotros. Sí, la Iglesia ama la libertad, es decir, la dominación; pero esa dominación la quiere para sí y en su provecho. La libertad antigua había llevado á la tiranía de los Césares; á la omnipotencia imperial añade la Iglesia un nuevo atributo. Los Césares habían sido divinizados despues de su muerte, alguna que otra vez durante su vida; pero

(a) Quien produjo allí y en todos tiempos y en todas partes los Césares no es la democracia, no; son los oligarcas los que, acostumbrados al privilegio y á la dominación, no toleran la igualdad; los que, acostumbrados á explotar y á despreciar al pueblo, sacrifican su libertad por gozar los favores de un tirano; aquellos que Tácito calificó diciendo: «*Omnia serviliter pro dominatione.*»—(N. del T.)

eran falsos dioses. Hé aquí al Hijo de Dios, el Verbo eterno que encarna y funda su Iglesia en la persona de San Pedro. La Iglesia es la esposa del Cristo, es decir, que se identifica con Dios; participa de la omnipotencia divina y de su infalibilidad. Desde ese momento, el género humano debe someterse á ella; la Iglesia no deja á los hombres ni aún la apariencia de libertad de que gozaban los antiguos. El pueblo rey podía decir que era él el que había investido á los Césares de su soberanía, y que aquéllos no eran más que sus órganos, que él reinaba por medio de ellos. Pero no sucede así con la Iglesia, la cual no tiene su poder del pueblo, sino que lo recibe de Dios mismo: ella es Dios. ¿Puede quedar una sombra de libertad á los individuos y á las naciones en presencia del Omnipotente encarnado en su Iglesia?

Hé aquí la libertad de la Iglesia. Es el poder soberano, ilimitado. Y ¿cómo concilia la Iglesia esas pretensiones con el poder de los príncipes que también se llaman soberanos? ¿Van á abdicar los reyes á los pies del papa? No, la Iglesia quiere reconocer la monarquía, pero á condicion de que el poder temporal quede subordinado al poder espiritual, lo cual equivale á ser la Iglesia soberana. Hé ahí por qué se acomoda á todos los gobiernos y lo mismo la da el despotismo que la república, la aristocracia que la democracia, la monarquía absoluta, que la monarquía constitucional. La humilde esposa de Cristo hace de esto un título de gloria: su reino no es de este mundo; por lo tanto, ¿qué le importan los gobiernos políticos? Se contenta con el imperio de las almas. Hay escritores harto simples para tomar al pié de la letra esas vanas protestas, por más que estén en contradicción con los hechos. Es cierto que la Iglesia es indiferente á las formas de gobierno; pero ¿por qué? Porque, en su doctrina, deben obedecerla los reyes lo mismo que los pueblos. Poco importa que sea este ó aquel el soberano nominal; ella sola es el soberano efectivo. Se ha creído que la Iglesia tenía cierta predilección por la monarquía absoluta, porque también ella ama la dominación. Eso es cierto, mientras que los príncipes consienten en ser sus instrumentos. De ahí la larga alianza tan celebrada entre el trono y el altar; el altar y el trono se entendían para engañar y explotar á los pueblos. Pero la alianza no está exenta de peligros: si ocupa el trono un príncipe apegado á su soberanía, será el ri-

val de la Iglesia, y el rival puede llegar á ser el jefe.

Se comprende, pues, que la Iglesia ame otro tanto la democracia; allí encuentra masas ignorantes á las cuales le es fácil cegar con la superstición: un pueblo fanático es el mejor instrumento de poder, con tal que se tenga cuidado de mantenerle en la ignorancia, arte en el cual sobresale la Iglesia. Además, es también una necesidad de los tiempos modernos. Los reyes se van, mientras que los pueblos quedan y reivindican la soberanía. La Iglesia se acomoda á los tiempos; hoy se hace democrática y social. Hay espíritus rectos y sencillos que se admiran de ello; no comprenden que el gorro frigio es una máscara; pero se necesita ser muy incautos para dejarse engañar. En efecto, ¿qué es una libertad de la cual se sirve la Iglesia para dominar sobre los individuos y sobre los pueblos? La Iglesia adora la libertad en Bélgica, en Polonia y en Irlanda. Si eso fuera convicción, amaría la libertad en todas partes, la amaría sobre todo allí donde sólo de ella depende el hacerla reinar, en Roma. Pero ¿puede amar la Iglesia la verdadera libertad? ¿Hay libertad política posible cuando las almas son esclavas? ¿Y no es esencial para el catolicismo el mantener las almas en esclavitud? La Iglesia es declarada enemiga de la libertad de pensar; necesita que la razón se someta á su yugo, y subyugada la razón, todo lo demás se explica. Porque ser enemigo de la libertad de pensar á la vez que amigo de la libertad política es el imposible de los imposibles. En realidad, la Iglesia no quiere ni una ni otra libertad; su declarado amor á ella es una engañifa; pero por grosera que sea, la Iglesia encuentra siempre tontos: especula con la imbecilidad humana; ¡es una excelente especulación! Allí donde la Iglesia puede contar con la ciega adhesión de las masas, afecta un grande amor á la libertad y levanta la bandera de la democracia, plantando, si es necesario, árboles de la libertad en honor de la república. ¡Dichosas las naciones que realizan la alianza de la libertad y de la religión! Dichosas, si, si el idiotismo hace la felicidad. Pero si la verdadera felicidad, como la moderna libertad, consisten en el más amplio desarrollo de la inteligencia, ¡que amarga irrisión la de la libertad unida á la esclavitud del pensamiento! Si la esclavitud del pensamiento pudiese llegar á ser la condición general de la humanidad, como lo ambicio-